

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO EN EL MAGISTERIO DE SAN PABLO

Basta la lectura de las cartas de San Pablo y de la segunda parte del libro de los *Hechos Apostólicos* para convencerse de la suma importancia que la resurrección de Jesucristo tiene en la predicación y en los escritos del Apóstol de las Gentes. Casi todas las páginas que escribió están iluminadas por el resplandor de la gloria que transformó la humanidad de Jesús en la mañana de la resurrección; y lo que podemos conjeturar por los resúmenes que nos ha conservado San Lucas en la historia de sus misiones, nos autoriza para creer que con aquel mismo resplandor debieron brillar también todos los discursos que en su ministerio apostólico pronunció.

En la mayoría de los casos es una frase que se escapa de sus labios o de su pluma a propósito de cosas, a primera vista muy extrañas a la resurrección; pero la frecuencia suma y hasta esa misma impertinencia aparente con que nos habla de la resurrección de Cristo es una prueba evidente de cuán capital era en su sentir este hecho para la inteligencia de sus enseñanzas.

Y, efectivamente, cuando con alguna detención se investiga la mente del gran Apóstol, pronto se descubre una multitud de relaciones entre la resurrección de Cristo y casi todas las cuestiones más céntricas y fundamentales de su doctrina teológica. En la gloriosa resurrección del Salvador halla él, no sólo la base más sólida y el foco más luminoso de la verdad de nuestra fe, sino también una de las claves más necesarias para el conocimiento de los planes divinos y de los dogmas más sublimes de esa misma fe.

La concepción cristológica, la doctrina soteriológica, los grandes problemas escatológicos; en una palabra, cuanto San Pablo enseña sobre la persona de Cristo y de su obra salvadora todo se nos presenta íntimamente relacionado con el hecho de la resurrección, por el cual es glorificado el Redentor, adquiere su último complemento la obra de la Redención y se da a los redimidos un ejemplar sobera-

no a cuya semejanza han de ser ellos también glorificados en el día supremo de las recompensas.

*
* *

Copiosa es la literatura que en torno a la resurrección de Jesucristo se ha producido en estos últimos tiempos. Los racionalistas primero y los modernistas después han puesto todosu conato en derribar, o ya que tanto no pudiesen, en conmovier al menos este primero y más hondo fundamento de la fe cristiana. A estos repetidos ataques de la heterodoxia contemporánea han respondido los apologistas católicos poniendo ante los ojos de todo el que no quiera obstinadamente cegarse, la verdad histórica del hecho de la resurrección, que es como el sello puesto por Dios a todo cuanto Jesucristo había obrado y enseñado en su vida mortal. Y claro es que en todas estas investigaciones histórico-apologéticas ocupan siempre uno de los primeros puestos los escritos de San Pablo, los cuales, además del testimonio personal del Apóstol, nos dan el sentir de las comunidades cristianas desde los primeros días de su existencia.

Las consecuencias apologéticas que naturalmente sugiere la resurrección por sí misma suelen absorber la atención de los escritores que buscan en San Pablo, como en los demás autores del Nuevo Testamento, testimonios para establecer la verdad histórica de este hecho fundamental. Sin embargo, lo que San Pablo nos enseñó sobre la resurrección da lugar a muchas consideraciones ulteriores a la verdad misma del hecho, que, como ya queda indicado, tienen una importancia teológica en nada inferior a las consecuencias apologéticas.

Nosotros, aunque por la índole misma de este escrito tendremos necesariamente que aducir muchos datos que prueban la verdad del hecho de la resurrección, no nos detendremos en el aspecto apologético, que nos parece más que suficientemente dilucidado (1). El as-

(1) Los escritos heterodoxos sobre la resurrección de Cristo son más en número que los católicos; pero no dejan éstos de ser también bastante copiosos para que pueda llegar a todos el conocimiento de la verdad. Además de los manuales sobre cuestiones apologéticas, pueden verse, como tratados más completos, los siguientes: I. Ottiger, *Theologia Fundamentalis*, vol. I, pag. 786-849; P. Ladeuze, *La Résurrection du Christ devant la critique contemporaine*; E. Maugenot, *La Résurrection de Jésus*; L. de Grandmaison, *Diction. Apolog. de la Foi Cathol.*, art. *Jésus-Christ*, col. 1.472-1.514; J. Müser, *Die Auferstehung Jesu und ihre neuester Kritiker*, etc. Estos trabajos, por lo general muy eruditos, ponen al lector en conocimiento de otros muchos y hacen superflua la prolongación de esta lista.

pecto dogmático-teológico, que está casi intacto, y atrae con mucha más fuerza nuestra atención, será objeto de ulteriores investigaciones. Por hoy nos vamos a limitar a estudiar de una manera general, y desde un punto de vista casi exclusivamente histórico, la importancia que daba San Pablo a la gloria de la resurrección y el lugar que ocupaba en sus exposiciones a los catecúmenos y en sus instrucciones posteriores a los neófitos. Este conocimiento previo, aunque al parecer puramente externo, nos dará la primera clave para penetrar el pensamiento del Apóstol sobre la transcendencia teológica de la glorificación de Cristo, como el conocer la importancia que daba a la crucifixión nos da la clave para conocer cuán céntrica es en toda su doctrina la verdad de los padecimientos y de la muerte del mismo Cristo.

El procedimiento será sencillo, como verá el que leyere; los elementos los hallaremos en la historia de la predicación del Apóstol, tal como nos la ha transmitido San Lucas, y en las cartas del mismo Apóstol. Los pasajes que citaremos no serán muchos, pero, a nuestro juicio, ponen de relieve la conducta de San Pablo, en el punto de que tratamos, con tal fuerza y claridad que no es posible dejar de ver en ella su sentir sobre la importancia de la resurrección de Jesucristo.

* * *

No estará de más advertir que, al hablar de la gloria de Cristo resucitado, no es nuestro ánimo limitarla al estado en que quedó al salir del sepulcro. Mejor que la *resurrección de Cristo* diríamos la *glorificación* y la *exaltación de Cristo*, cuyo primer paso fué la resurrección por la cual entró en el último y definitivo estado de su existencia; pero a la resurrección siguió la ascensión en la cual fué colocado a la diestra de Dios en los cielos, y constituido en la posesión de la gloria y del señorío que se conquistó con su obediencia hasta la muerte. Todo esto comprende la exaltación de Cristo, y con todas estas prerrogativas le vió y le considera San Pablo cuando nos habla de su resurrección y de su gloria, y no de otra manera podemos considerarle nosotros. Mencionamos preferentemente el hecho de la resurrección, porque así lo hace también el Apóstol y porque, en realidad, aquel fué el paso absolutamente decisivo de la humillación a la gloriosa transformación de la humanidad del Salvador y la entrada en la posesión efectiva de todos los títulos de honor y de poder que a su persona y a sus méritos eran debidos.

I

El más explícito testimonio sobre la importancia que en la predicción de San Pablo tiene la resurrección de Cristo lo vamos a oír de boca del mismo Apóstol en una de las más solemnes ocasiones de su vida; pero para apreciar bien su fuerza bueno será que fijemos la atención en algunas circunstancias que con su acostumbrada solitud y diligencia nos ha transmitido San Lucas en su historia de los *Hechos Apostólicos*.

En los capítulos 25 y 26 describe el juicio celebrado en Cesarea en presencia del rey Agripa y del gobernador romano Porcio Festo, ante los cuales defendió Pablo su causa con un magnífico discurso, que es el último de los suyos que conocemos con alguna extensión (1).

Pocos días antes había oído Porcio Festo *sedens pro tribunali* las acusaciones de los judíos contra Pablo y las respuestas que a todos daba el mismo Pablo. No sabemos si el Gobernador se dió cuenta de toda la discusión, pero es cierto que no halló cosa que mereciese castigo y que después, refiriendo el caso al rey Agripa, le sintetizó cuanto había oído en esta fórmula feliz que hace mucho a nuestro intento: *Quaestiones vero quasdam de sua superstitione habebant (iudaei) adversus eum et de quodam Iesu defuncto quem affirmabat Paulus vivere* (2). El punto culminante sobre que versaban las acusaciones y la defensa era, pues, éste: **Un cierto Jesús difunto que afirmaba Pablo estar vivo.**

La última sesión de Cesarea parece haberse celebrado principalmente para complacer al rey Agripa que deseaba conocer y oír a aquel reo de quienes tales cosas le había contado Porcio Festo.

Habiendo, pues, acudido Agripa y su hermana Bernice *cum multa ambitione* y habiendo entrado en la sala del tribunal con grande acompañamiento de tribunos y personajes importantes de la ciudad, dió orden Festo de que se trajese al reo.

El rey Agripa, a quien había concedido Festo los honores de la presidencia, anunció oficialmente a Pablo que se le concedía hablar en su defensa. *Tunc Paulus, extenta manu, coepit rationem reddere.*

(1) Act. Ap., XXVI, 2-30.

(2) Ibid. XXV, 19.

Tenemos, pues, al Apóstol hablando delante de un público ilustre, en circunstancias verdaderamente solemnes y con todas las ceremonias acostumbradas en tales casos. Atendamos sus palabras.

Expone, en primer lugar, su manera de proceder en el judaísmo y, contando después su conversión a Jesucristo, nos describe al mismo Jesucristo que, en el camino de Damasco, rodeado de esplendente luz, le dirige estas palabras: *Yo soy Jesús a quien tú persigues. Pero alízate y tente sobre tus pies, porque para esto me he aparecido a ti, para hacerte ministro y testigo de las cosas que has visto y de aquellas por las cuales (de nuevo) me apareceré a ti* (1).

Tal es la embajada que Jesús confió a Pablo y que él debía llevar a todas las gentes para abrir los ojos a los que vivían en las tinieblas y traer al regazo de Dios a los esclavos de Satanás a fin de que todos recibiesen el perdón de los pecados y pudiesen entrar a la herencia con los santificados por la fe en Cristo.

Oigamos de boca del Apóstol lo que hizo para cumplir esta embajada: *Por lo cual, oh rey Agripa, no fui sordo a la celestial visión: sino que primeramente a los habitantes de Damasco y después en Jerusalén, por toda la región de Judea y a los gentiles prediqué que hiciesen penitencia y se convirtiesen a Dios haciendo obras dignas de un penitente... Apoyado, pues, en el auxilio de Dios he permanecido hasta el día de hoy firme dando testimonio a pequeños y grandes, sin decir otras cosas que las que Moisés y los Profetas anunciaron que habían de venir, a saber: que el Mesías debía sufrir y que resucitado el primero de entre los muertos anunciaría la luz al pueblo y a los gentiles* (2).

Según esta solemne confesión de San Pablo, dos son los puntos que resumen las enseñanzas que sobre Cristo dió constantemente al mundo: *La Pasión y la Resurrección*: investido con la doble prerrogativa de las ignominias de la cruz y los esplendores de la resurrección le presentó ante las gentes como potente foco que iluminando a todos los hombres los moviese a hacer penitencia y a convertirse de las tinieblas a la luz y del señorío de Satanás a Dios. Notemos bien que es el mismo Pablo quien, acusado y cargado de cadenas, pública y solemnemente declara la orden recibida de labios de Cristo de anunciar a los hombres lo que había contemplado en aquella maravi-

(1) Act. Ap., XXVI, 16-17.

(2) Ibid., XXVI, 19-23.

llosa visión del camino de Damasco, y que es también Pablo quien protesta haber cumplido fielmente aquella orden, predicando a todo el mundo durante toda su vida la *pasión* y la *resurrección* del mismo Cristo. Consta, pues, por confesión solemne del Apóstol, que él en su magisterio colocó a igual altura y enseñó con la misma perseverancia la resurrección y la pasión de Cristo (1).

Y a la verdad que no dejan mentirosa esta confesión de Pablo los datos que sobre su predicación apostólica conservamos (2).

El discurso tenido en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (3), que parece haber sido conservado por San Lucas como muestra de lo que era la predicación de San Pablo entre los judíos o donde los judíos predominaban, estas dos son las cosas que hace resaltar principalmente en el Mesías: la pasión y la resurrección (4). Y, si alguna preferencia existe, es evidentemente en favor de la resurrección, de la cual se habla con más amplitud por ser el argumento más fuerte para demostrar la dignidad mesiánica de Jesús, que es el fin de todo el discurso.

Mucho más expresivas, aunque más breves, son las palabras con que se describe el ministerio de San Pablo en Tesalónica: «*secundum consuetudinem autem Paulus introivit ad eos (iudaeos) et per sabbata tria disserebat eis de scripturis adaperiens et insinuans quia Christum oportuit pati et resurgere a mortuis; et quia hic est Iesus Christus, quem ego annuntio vobis*» (5). Resume San Lucas con admirable precisión y claridad en estas palabras cuál era la manera de proceder de San Pablo en las ciudades en que los judíos tenían establecida alguna sinagoga: acudía como los demás a ella los sábados y, aprovechando cualquier oportunidad, se levantaba a hablar y declaraba lo que el Antiguo Testamento decía sobre el Mesías; describía con singular fuerza e in-

(1) Act. Ap., XXVI, 22-23.

(2) Que en realidad la muerte y la resurrección de Cristo sean el centro y como la síntesis de la predicación de San Pablo, resulta con toda evidencia de sus escritos, y así lo han reconocido autores heterodoxos como Paul Feine (*Theologie des Neues Testaments*, pag. 190 y sig., ed. 4, Leipzig, 1922) y autores racionalistas como Adolfo Harnack (*Dogmengeschichte*, pag. 46, ed. 4, Tübingen, 1905). Véase además William Sanday en su comentario a la epístola a los romanos, pág. 116-118.

(3) Act. Ap., XIII, 16-38.

(4) Ibid. ib., 27-28.

(5) Ibid. XVII, 2-3.

sistencia los dolores de la pasión y las glorias de la resurrección que le habían de distinguir y aplicaba después todo esto a la persona de Jesús Nazareno, que de esta manera quedaba demostrado ser el Mesías prometido.

Del modo como presentaba la persona de Cristo a los gentiles conservamos un ejemplo magnífico en el discurso pronunciado en el Areópago de Atenas (1), que bien pudiera creerse un modelo de la elocuencia que usaba S. Pablo, entre los gentiles de cierta cultura, en los principios de su apostolado: más adelante, como nos confiesa él mismo, cambió de táctica (2). El fin a que enderezaba su discurso a los areopagitas era el de siempre: dar a conocer *a Cristo como enviado de Dios para la salud del mundo*. Sino que allí, por las circunstancias de los oyentes, no creyó conveniente hablar desde luego de su dignidad mesiánica y quiso comenzar por hacerles ver que había sido constituido por Dios Juez universal de vivos y muertos, para venir después, sin duda, a demostrarles su misión salvadora. Por desventura suya no le permitieron los oyentes ir tan adelante, pero el camino lo trazó San Pablo con toda claridad: *Habiendo, pues, Dios mirado desde lo alto los tiempos de la ignorancia, ahora anuncia a los hombres que todos en todas partes hagan penitencia, porque ha fijado el día en que juzgará al mundo en justicia por medio del hombre que destinó y que ha acreditado habiéndole resucitado de entre los muertos*. Es digno de llamar nuestra atención el arte y la habilidad con que San Pablo describe aquí el hecho de la resurrección, como si fueran las credenciales dadas por Dios a Jesucristo para que pueda probar ante el mundo que él ha recibido el poder y la autoridad para juzgar inapelablemente a todos los hombres. A los judíos les ponía delante los dolores y los oprobios de la cruz antes que la gloria de la resurrección: a los atenienses ni les mienta siquiera la pasión; sólo los esplendores de la gloria cree que son capaces de ilustrar los ojos de aquellos hombres infatuados con su ciencia, para que pudiesen comenzar a conocer la persona del Salvador. Prueba bien decisiva de cuán importante era en sentir del Apóstol el valor demostrativo y apologético de la resurrección.

(1) Act. Ap., XVII, 22-31.

(2) Véase I Cor., II, 2-5.

II

En el curso de los artículos que, Dios mediante, seguirán a este sucinto estudio preliminar, esperamos ha de quedar más que suficientemente demostrado el importantísimo lugar que corresponde a la resurrección de Cristo en la correspondencia epistolar del Apóstol de las Gentes. Ahora nos contentaremos con traer dos pasajes de carácter general para confirmar y completar los datos que hemos hallado en la narración de San Lucas.

Sea el primero el conocidísimo resumen que en el capítulo XV de la primera epístola a los Corintios hace San Pablo del Evangelio *que él les anunció, que ellos recibieron, en el cual perseveran y por el cual poseen la salud* (incoada por la gracia que es prenda segura de la gloria). Los puntos fundamentales de este resumen, que, por la forma en que está concebido y expresado, reviste los caracteres de un símbolo, son los mismos que constituyeron el argumento perenne de la predicación del Apóstol, según le vimos declarar solemnemente ante el rey Agripa y el presidente romano Porcio Festo: *Quoniam Christus mortuus est pro peccatis nostris secundum scripturas, et quia sepultus est et quia resurrexit tertia die secundum scripturas* (1).

El otro pasaje que vamos a exponer con alguna mayor detención es de índole muy diferente, aunque no menos a propósito para nuestro intento.

Mientras va el Apóstol ponderando las excelencias del ministerio evangélico y defendiendo contra las acusaciones de sus émulos la diligencia, lealtad y sinceridad con que se ha entregado a cumplir el encargo que le había confiado el mismo Cristo, parece que oye esta objeción, que viene a interrumpir su propia apología: «Si tal es tu evangelio y tal tu fervor y constancia en predicarle, ¿por qué son todavía tantos los que le desconocen?» (2).

En la respuesta a esta objeción implícita nos explica de nuevo

(1) 1 Cor., XV, 3-4. La sepultura, enumerada entre la muerte y la resurrección, aunque ocupa un lugar secundario en el conjunto, es de grandísima importancia: primero, por su aptitud para demostrar el hecho de la resurrección, y segundo, por su significación mística, que utilizó más tarde el Apóstol en su carta a los romanos, cap. VI. Sobre la sepultura de Cristo, cfr. E. Manguet, *La Résurrection de Jésus*, pag. 34-38 y 189 sig.

(2) 2 Cor., III, 1; IV, 2.

San Pablo el argumento de su predicación, pero de una manera, a primera vista un poco extraña y en forma muy diferente de como lo habíamos oído hasta ahora.

Dice así: *Y si aun permanece velado nuestro evangelio, esto es entre los que se pierden, entre los incrédulos, a los cuales el dios de este siglo ha cegado la inteligencia a fin de que no vean el resplandor del evangelio* (en que brilla) *la gloria de Cristo, que es imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo* (como) *Señor y a nosotros* (como) *esclavos vuestros por* (amor de) *Jesús. Porque Dios que dijo: brille la luz de entre las tinieblas, es el que ha hecho brillar la claridad en nuestros corazones, para que* (nosotros comuniquemos) *la luz del conocimiento de la gloria de Dios* (que brilla) *en la persona de Jesucristo* (1).

Comencemos por confesar que en estas palabras no se halla mención alguna ni explícita ni implícita del hecho mismo de la resurrección. Toda la atención del Apóstol está en la persona de Jesús tal como se presenta a su espíritu y tal como él la ha presentado a los ojos de todo el mundo.

En solos tres versículos nos describe de tres diferentes maneras a Jesucristo como objeto de sus enseñanzas: 1.^a El Evangelio de Pablo es Evangelio de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios (v. 4).

2.^a Lo que Pablo predica no es a sí mismo, sino a Jesucristo como Señor (2) (v. 5).

3.^a Pablo trabaja en aquello para que ha recibido la especialísima claridad comunicada a los Apóstoles; ahora bien, esta luz ha sido derramada por Dios en sus corazones para dar a conocer la gloria de Dios en la persona de Cristo (v. 6).

—«La gloria de Jesucristo, imagen de Dios»,—

—«Jesucristo Señor y en cuanto Señor»,—

—«La persona de Jesús, en quien los hombres iluminados por los apóstoles han de ver la gloria de Dios»:—

son tres expresiones que en la realidad y en la mente de San Pablo

(1) 2 Cor., IV, 3-6.

(2) La versión de la Vulgata ha añadido el pronombre *nostrum*, que parece modificar el sentido del contexto. El pensamiento de San Pablo es claro: quiere hacer resaltar que él en su predicación no busca su gloria sino la gloria de Cristo, la cual consiste en que sea reconocido por *Señor*, con todo el honor que envuelve esta palabra en su mente. Esto es lo que significa con más fuerza aquella hermosa antítesis: *Praedicamus Iesum Christum Dominum, nos autem servos vestros per* (propter) *Iesum*.

significan una misma cosa, aunque con un matiz un tanto diferente: Jesucristo en la majestad de su poder y de su gloria (1).

No puede caber duda de que era Jesucristo glorificado lo que tenía San Pablo ante su mente al escribir este pasaje.

El evangelio de la gloria de Cristo es la predicación de Jesucristo glorificado por la resurrección, como lo indica el sentido obvio de la expresión, y lo prueba claramente el versículo siguiente: en éste dice San Pablo que predicaba a *Jesucristo como Señor*. Ahora bien, es para nosotros cierto, como lo demostraremos en otra ocasión, que, según la doctrina del Apóstol, no entró Cristo en la *plena y efectiva posesión* de su señorío hasta después de resucitado. La misma idea expresa también el versículo 6 con bastante claridad; pues es indudable que aunque la gloria de Dios (2) brilló en la persona de Cristo

(1) Es interesante el enlace de estas tres frases. La primera dice simplemente qué es lo que el dios de este siglo no deja ver a los incrédulos, a saber: *La luz del Evangelio*, cuyo argumento es *la gloria de Cristo*; la segunda da la razón de por qué es precisamente esa luz la que no les deja mirar el dios de este siglo, a saber, por qué San Pablo lo que predica es la gloria de Cristo, o lo que es lo mismo, a *Jesucristo Señor* y en cuanto Señor; la tercera explica a su vez por qué San Pablo habla precisamente de este señorío de Cristo, a saber: porque ha *sido iluminado* especialmente *por Dios* para dar a conocer a los hombres *la gloria de Dios en la persona de Jesús*. Tomando el orden inverso, diríamos: 1.º *Fin de la predicación*: hacer que los hombres conozcan la gloria de Dios contemplando la persona de Jesús, que es como su espejo, o mejor, según la frase del Apóstol, *su imagen*. 2.º *Medio para conseguir este fin*: presentar a Jesucristo ante los hombres como Señor universal, pues en ninguna parte mejor que en Jesucristo, revestido de la majestad de su señorío, se puede contemplar la gloria de Dios. 3.º *Medio que toma Satanás para impedir el fruto de la predicación apostólica*: cegar a los hombres, a fin de que no vean brillar la luz que derrama el Evangelio, o sea la predicación de la gloria de Cristo. Pues de esta manera impide que conozcan la gloria de Dios que los apóstoles muestran brillante en la persona de Jesús.

Este breve análisis basta para comprender que la frase de San Pablo, aunque un poco enrevesada a primera vista, encierra un solo pensamiento capital, bajo varios aspectos perfectamente encadenados entre sí.

(2) *La gloria de Dios*, lo mismo que *la gloria de Cristo*, se entiende en todo este contexto de una manera objetiva. No habla aquí San Pablo de la estimación que los hombres tienen de Dios, ni del honor y alabanza que le tributan, sino de la excelencia, la majestad, la luz y el esplendor de que está rodeado su ser y que derrama por todas partes. La sabiduría se llama *emanatio quaedam claritatis omnipotentis Dei sincera; candor lucis aeternae et speculum sine macula Dei Majestatis et imago bonitatis illius* (Sap. VII, 25-26). En el mismo sentido dice San Pablo que los planes divinos se ordenan *in laudem gloriae gratiae Dei* (Ephes., I, 6, 12). Sin embargo, no faltan textos en San Pablo en los cuales la palabra *gloria* significa la estimación de una persona y el honor y la gloria que se le atribuye, v. gr., Rom., II, 7; I Cor., XI, 15, etc. Véase también Gal., I, 5; Phil., IV, 20. Cfr. Prat, *La Théologie de S. Paul*, vol. I, pág. 439. Paris 1920; Lemmonyer, *Les Epîtres de S. Paul*, vol. I, pág. 12-13.

durante su vida mortal y durante la misma pasión, esto fué de una manera transitoria y con muchas interrupciones de humillaciones y menosprecios. El poseer esta prerrogativa de una manera estable le estaba reservado para después de la resurrección, y en esta estable y plena posesión nos le quiere hacer ver ordinariamente el Apóstol.

III

La misma naturaleza de las cosas parece que había de empujar al Apóstol a presentar y describir ordinariamente a Jesucristo en la majestad de su gloria. Su espíritu vigoroso y tenaz había recibido la primera impresión de la imagen divina del Salvador entre los resplandores de una luz que le cegó los ojos corporales para que no se distrajesen con ninguna cosa de esta tierra. Los demás Apóstoles vieron y trataron a Jesucristo en su vida mortal, revestido de nuestra pequeñez y rodeado de todo aquello que es cortejo habitual de los pobres y de los humildes, y en aquel trato y conversación tranquila y continuada se fué lentamente moldeando su espíritu sencillo hasta que la acción del fuego divino acabó de grabar en ellos la imagen de Jesús en el día de Pentecostés.

Diametralmente opuesta fué la conducta del divino artífice al crear la superior figura del Apóstol de las gentes. El mismo Apóstol la pone de relieve ante nuestros ojos con una de esas frases de ruda plasticidad tan propias de su original y mal domeñada pluma: al acabar aquel breve recuento que de las apariciones de Cristo resucitado hace en el cap. XV, de la primera epístola a los corintios, describe la visión que tuvo él en el camino de Damasco con estas palabras: *novissime autem omnium tamquam abortivo visus est et mihi* (1). Los demás apóstoles vinieron a aquella dignidad gradualmente y por sus pasos contados; Pablo entró en la vida sobrenatural y apostólica de golpe, sin preparación ninguna, como introducido a la fuerza por la Omnipotencia soberana de Dios. Y continuando la imagen que el Apóstol mismo nos sugiere, podemos decir, parafraseando su enérgica expresión, que así como se arranca con violencia un feto todavía no maduro del seno materno que lo ahoga, así tuvo Dios que

(1) Cor., XV, 8. Para la explicación literal de estas palabras, véase Cornely.

arrancar a Saulo del seno de la Sinagoga, que con apasionamientos y odios de religión y de raza sofocaba su noble espíritu, para introducirle en el ambiente apacible de la vida de la gracia, en el cual, respirando el aire libre de la Ley de Cristo, pudiese alcanzar aquel prodigioso desarrollo que todos contemplamos con asombro.

El medio de que Dios se valió para obrar esta maravilla fué simplemente la manifestación de la gloria de Cristo. Ante los ojos de aquel arrogante fariseo que impelido de la pasión religiosa continuaba contra sus discípulos una guerra de exterminio, desplegó el Señor todos los encantos de su hermosura y toda la grandeza de su Majestad y le deslumbró de tal manera, que quedó sin fuerzas para ver otra cosa, hasta que el mismo Señor, por medio de Ananías, le devolvió la vista.—Al mismo tiempo que los ojos deslumbrados contemplaban la gloria divina del Mesías resucitado, escuchaban los oídos de Saulo aquella poderosa voz que con toda claridad le explicaba lo que estaba viendo y con tono de autoridad y dominio le mandaba como a vasallo y le señalaba su destino para el porvenir con tal eficacia, que el espíritu, naturalmente nada tímido, del impetuoso fariseo, no pudo ni quiso en toda su vida poner la más pequeña resistencia.

Qué sucedió entonces en el alma del perseguidor convertido de repente en Apóstol de lo mismo que perseguía, no es fácil declararlo. El escribe en la epístola a los gálatas que Jesucristo, Hijo de Dios, se le reveló interiormente para que pudiera darlo a conocer a los gentiles, aunque no explica allí en qué consistió esta revelación ni cómo se le presentó la figura del Salvador (1). Pero es cierto que su penetrante y culta inteligencia quedó absolutamente convencida; su enérgica y firme voluntad subyugada sin posible arrepentimiento; su carácter impetuoso y dominante rendido; sus fuertes y nada dóciles pasiones domeñadas, y todo su natural rico e independiente, con los inagotables recursos de sus facultades, puesto incondicionalmente al servicio de aquel que se le presentaba como Señor. Y todo este cambio portentoso, significado por Saulo con aquellas palabras:

(1) Gal., I, 12, 16. La frase *ut revelaret Filium suum in me* parece indicar claramente una manifestación especial en que se dieron a conocer al espíritu de San Pablo las propiedades y las excelencias de Jesucristo. Cuáles fuesen estas propiedades y excelencias, sólo se puede determinar con un detenido estudio de los escritos del Apóstol, pero ese trabajo no es de este lugar.

Domine quid me vis facere, tuvo por causa a Jesucristo resucitado que con todas sus glorias y atractivos se manifestó en medio de torrentes de luz ante los ojos de su cuerpo y de su espíritu, cuyas grandes prendas resaltaban aun en medio de sus apasionados extravíos (1).

¿Quién extrañará, pues, que la imagen del Salvador glorificado quedase en aquel día memorable grabada en su alma con tan fijas líneas y con tan concretos y vivos colores, que nunca, en todo el curso de su agitada vida, pudiese ni borrarse, ni confundirse, ni perder un punto de su divina hermosura? Por eso al hablar y escribir de Cristo tiene ordinariamente fija su mirada en aquella gloria con que

(1) Si exceptuamos la resurrección de Cristo, apenas se hallará en la historia del Nuevo Testamento un hecho cuya autenticidad esté tan empeñado en destruir el racionalismo contemporáneo como la verdad histórica de la aparición de Cristo a S. Pablo. Y, sin embargo, es éste uno de los que se hallan más repetidamente y por más diversas maneras confirmados en las epístolas y en el libro de los *Hechos Apostólicos*.—S. Pablo habla de la aparición que tuvo él, en el mismo sentido que de las otras tenidas por los demás Apóstoles y discípulos, a raíz del hecho de la resurrección (I Cor. XV, 5-8). Poco antes, en la misma epístola (IX, 1) trae como prueba de su dignidad apostólica el haber también él contemplado al Señor Nuestro. En la narración de su conversión que hizo ante el rey Agripa (Act. XXVI, 16) es Jesucristo el que dice que *se le ha aparecido* para constituirle ministro y testigo de las cosas que ha visto y de las que le serán manifestadas en lo sucesivo.—Ni es sólo el Apóstol quien lo afirma: Ananías, después de la escena del camino de Damasco, se le presenta diciendo sin rodeos: Saulo hermano, *el Señor Jesús que se te ha mostrado en el camino me envía* (Act. IX, 17; XXII, 14). Y cuando poco después fué a Jerusalén, S. Bernabé hizo ante los discípulos recelosos la recomendación del nuevo convertido contándoles *quomodo in via vidisset Dominum et quia loquutus est ei* (Act. IX, 27). Por lo que hace a la parte fundamental de este hecho, lo mismo prueba aquella insistencia con que las tres narraciones que leemos en el libro de los *Hechos* (IX, 1-8; XXII, 6-10 XXVI, 12-19) hablan del diálogo que tuvo el Señor con el futuro Apóstol.

Pero no hay por qué nos estorcemos en amontonar pruebas y confirmaciones de este trascendental acontecimiento: la sola conversión del fariseo Saulo, que hizo del más fiero perseguidor el más inquebrantable Apóstol de Cristo, y ha influido con tanta fuerza en la historia entera de la Iglesia, derrama tan copiosa luz sobre las narraciones de S. Lucas y las afirmaciones del mismo Apóstol que toda duda sobre la verdad objetiva de aquella aparición resulta moralmente imposible.

De la manera como se expresan tanto S. Pablo como Ananías y Bernabé, se deduce con claridad que el Apóstol *vió* a Jesús resucitado con los ojos corporales. Es verdad que al levantarse del suelo *apertis oculis nihil videbat* (Act. IX, 8), pero esto no prueba que no hubiera visto a Jesús; pues la causa de no poder ver otras cosas era la potencia de aquella luz que le había rodeado, según dijo el mismo Apóstol al pueblo de Jerusalén; *et quum non viderem prae claritate luminis illius...* (Act. XXII, 11)* (Cfr. Manganot, *La Résurrection de Jésus*, pág. 127-140; Emile Baumann, *Saint Paul*, pág. 66-71; Rose, *Revue Biblique*, 1902, pág. 339 y siguientes.—El mismo Sabatier reconoce y sostiene a su manera la realidad de aquella aparición: *L'Apôtre Paul*, ed. 4, pág. 45 sig.—Véase C. F. Heinrici: *Der erste Brief an die Korinther*, cap. IX, v. 1.

a él se le reveló... No olvida San Pablo los atributos que le corresponden por su preexistencia eterna en el seno del Padre, ni las propiedades de su vida terrestre, ni menos los trabajos de su pasión redentora, pero por todas estas cosas pasa con rapidez. La mirada de su espíritu sólo parece que reposa sobre la persona de Cristo gloriosa.

No es posible apreciar en su justo valor la teología de San Pablo, y particularmente su cristología, sin tener en la memoria este hecho que decidió de toda su vida. Allí se le manifestó Jesucristo en aquel estado de gloria definitivo y perfecto que se había preparado y merecido con el cumplimiento de la misión que le había encomendado su Padre en la tierra.

Así sólo se entiende por qué los grandes textos cristológicos en que el Apóstol condensó sus enseñanzas sobre el Hijo de Dios, aunque hablan también de la preexistencia y de la pasión, siempre tienen por objeto principal, en que el ánimo del autor visiblemente descanza, a *Jesucristo Señor*, tal como le contempló entre resplandores de luz celestial (1).

En Jesucristo Señor, que es *Primogénito de entre los muertos para tener en todas las cosas la primacía* (2), contempló primero y nos describió después San Pablo el compendio y la corona de las obras divinas, donde se muestra en toda su potente realidad la grandeza de los planes trazados por la divina Sabiduría antes de la creación del mundo (3).

F. ALONSO BÁRCENA.

(1) I Cor. XV, 12-28; 42-50. Rom. I, 3-5; VIII, 18-19; 28-39. Phil. II, 5-II. Col. I, 13-20; II, 3, 9-16. Ephes. I, 3-10; 20-23. Hebr. I, 1-14, etc.

(2) Col. I, 18.

(3) Ephes. I, 10.

